

La insondable soledad de la prosa de Marguerite Duras

Fabienne Bradu

Confieso que hacia fines de los ochenta, el personaje y la prosa de Marguerite Duras se me volvieron francamente insoportables. El éxito de *El Amante*, en 1984, exacerbó lo peor de su personalidad y no creo exagerar si afirmo que buena parte de los lectores de sus primeras novelas terminamos con una indigestión al punto de la náusea. Ella siempre había resarcido los desdenes de la crítica con desafiantes muestras de narcisismo, pero se antojaba que había perdido la medida que separa la terna y justa apuesta por una obra de la fanfarronería ególatra. Recuerdo que en esos años, en un programa televisivo de gran audiencia, Marguerite Duras contó una anécdota que bien podría resumir sus delirios de diva de las letras. Poco después de la publicación de *El Amante*, cuando las prensas de las ediciones de Minuit trabajaban día y noche para abastecer la demanda de los librerías, un Rolls-Royce negro fue

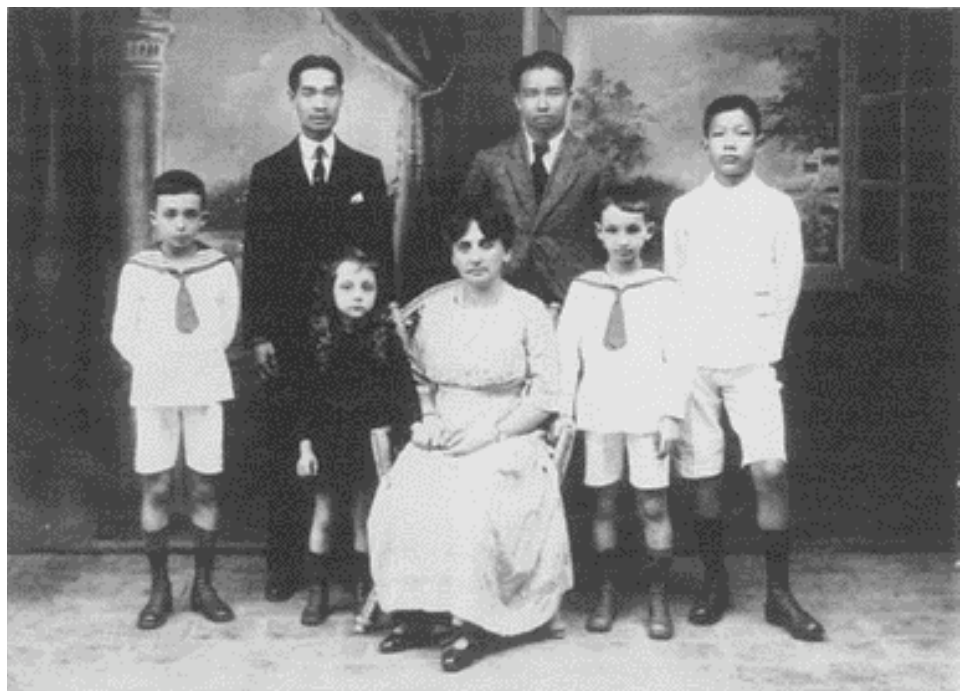
robado en la Riviera francesa. En un lapso breve el dueño recobró el automóvil, cosa que suele suceder con semejantes marcas, pero se quejó amargamente de que su ejemplar de *El Amante* había desaparecido de la guantera. También recuerdo el deleite de Marguerite Duras al narrar el incidente como si la realidad acabara de vengar todos los sinsabores de una vida: una novela suya resultaba más codiciada que un Rolls-Royce. Fuera cierto o no el episodio, ella se regodeaba en la venganza como si ésta fuera un viático para las provocaciones y las necedades, una descalificación masiva de los demás escritores franceses y la confirmación definitiva de su propio genio. Asimismo, le daba pie para explayarse en sus extravíos estalinizantes y su ciega devoción hacia el gobierno de François Mitterrand. Perrecha tras sus gruesos anteojos, tan arrugada como una iguana camboyana, hinchada por el alcohol y los chalecos encimados como des-

vencijadas corazas, atrincherada en sus altivos silencios, Marguerite Duras, por fin o *hélas* se coronaba reina de las letras francesas. En pocas palabras, parecía convertirse en el peor pastiche de sí misma y la avalancha de devotos que su éxito acarrearó terminó de sumergir a la figura bajo el lodo de la caricatura.

Pero el tiempo rescata lo mejor de los muertos y, al paso de los años, Marguerite Duras fue resurgiendo como las irisadas medusas que suben hacia la superficie del mar y brillan bajo los fulgores de la aurora. Mi particular reconciliación con Marguerite Duras sucedió hace relativamente poco, gracias a la involuntaria intervención de dos escritores. El primer intercesor fue Enrique Vila-Matas quien, en su reciente novela *París no se acaba nunca*, evoca las lecciones de ética literaria que le propinaba su casera de la rue Saint-Benoît. Marguerite Duras le había apuntado en una exigua hoja de papel,



Con su esposo Robert Antelme



De niña, con su madre y hermanos, en Indochina



En 1942 con Robert Antelme y Dionys Mascolo



En marzo de 1990

casi como una receta médica, los pasos a seguir para volverse escritor. Tiempo después, ella los desarrollaría en un libro que publicó con el título de *Escribir*, tres años antes de su muerte. A Julieta Campos le debo el descubrimiento de estos párrafos finales, donde Marguerite Duras concentra lo esencial y lo más sublime de la aventura de su vida de escritora.

En *Escribir*, Marguerite Duras recuerda el único consejo que le dio Raymond Queneau y que ella atendió: “No haga más que eso, escriba”, y que después puso en sus propios términos: “Diga lo que diga, nunca sabré por qué se escribe y cómo no se escribe”. También revela que para dedicarse en cuerpo y alma, quizás antes que de tiempo completo, a la escritura, primero le fue preciso construirse una soledad radical que se cifraba en un lugar: la casa de Neauphle-le-Château, de donde salieron, entre otros, los dos libros más difíciles y admirables de Marguerite Duras: *Le ravissement de Lol. V. Stein* y *Le Vice-consul*.

Un día decidí que aquí iba a estar sola, que estaría sola para escribir libros. Así sucedió.

Estaba sola en esta casa. Me encerré en ella —por supuesto también tenía miedo. Y luego la quise. La casa se volvió la casa de la escritura. Mis libros salen de esta casa. También de la luz del parque. De esta luz reflejada en el estanque. Escribir esto que acabo de decir, me demoró veinte años.

La casa de Neauphle fue el escenario de muchas luchas encontradas, sin las cuales la empecinada batalla con las palabras nunca hubiera sucedido. Allí se dio el combate cuerpo a cuerpo con el miedo: “Cuando me acostaba, me tapaba el rostro. Tenía miedo de mí misma”. Y luego con el alcohol que servía para embrutecerse y conjurar el miedo. Y también con la locura nacida de la angustia de la soledad alcohólica pero, sobre todo, de la desesperanza de ir rondando lo desconocido para llegar a escribir algo que “no se parecía a nada”.

Escribir —sostiene Marguerite Duras— incluso a pesar de la desesperanza. No: con la desesperanza. ¿Qué desesperanza? No sé cómo se llama esta clase de desesperanza.

Sin embargo, en otro pasaje, precisa:

Escribir lo vuelve a uno salvaje. Se regresa a un estado salvaje anterior a la vida. Y uno siempre lo reconoce, es lo salvaje de las selvas, tan antiguo como el tiempo. Es el salvajismo del miedo hacia todo, distinto e inseparable de la vida misma. Uno se encarna. No se puede escribir sin la fuerza del cuerpo. Es preciso ser más fuerte que uno mismo para emprender la escritura, hay que ser más fuerte que lo que uno escribe. Sí, es una cosa extraña. Y la escritura no es sólo escribir, también son los gritos de los animales nocturnos, los de todos, ustedes y míos, los ladridos de los perros. Es la vulgaridad masiva, desesperante, de la sociedad. El dolor es Cristo también y Moisés y los faraones y todos los judíos y todos los niños judíos y, asimismo, lo más violento de la felicidad. Siempre, creo yo.

Recojo, aquí y allá, otras aseveraciones sobre la experiencia de escribir: “Es un estado de dolor sin sufrimiento”, “Es aullar sin ruido”, “Escribir también es callar, es no hablar”, “Es lo más difícil. Es lo peor”.

Escribir es ir en busca de lo desconocido que existe dentro de nosotros.

No es siquiera una reflexión, es algo así como una facultad que está a un costado de uno, paralela a uno, que pertenece a otra persona que aparece y avanza, invisible, dotada de pensamiento, de cólera, y que a veces, por voluntad propia, está en peligro de perder la vida.

Escribir, añade,

es intentar saber lo que se escribiría si se escribiera —uno sólo lo sabe hasta después— antes, es la pregunta más peligrosa que uno pueda plantearse. También es la más socorrida.

La biografía de Marguerite Duras confirma que todas estas palabras nunca fueron proferidas en vano. Pero, si acaso necesitáramos otra, la mejor prueba está en los libros que salieron de la casa de Neauphle-le-Château. En el centro de todos ellos hay una oquedad, algo así como un hoyo negro,

donde estarían el sentido y lo indecible que pertenecen a las tinieblas, a la cerrazón del secreto, a lo presentido y nunca revelado. La maestría de Marguerite Duras en algunos de sus mejores libros consiste en rondar esta oquedad, en acercarse cada vez más y peligrosamente a esta materia resistente al lenguaje y, aunque nunca la penetra del todo, en dejar esta oquedad visible, palpable, vibrante como una ausencia imprescindible para que surja el cerco de la escritura. Es la genuina escritura de lo desconocido, de lo salvaje, de lo anterior al tiempo y a la vida. Marguerite Duras tiene el don de transmitirnos el secreto de Lol. V. Stein sin nunca revelarlo, porque ni siquiera ella lo conoce del todo. Tiene el don de hacernos oír los aullidos del vice-cónsul en la noche oscura y asfixiante de Lahore.

En este libro —dice Marguerite Duras— el vice-cónsul le dispara a la lepra, a los leprosos, a los miserables, a los perros y luego le dispara a los blancos, a los gobernadores blancos. Lo mataba todo salvo ella, salvo aquella que una madrugada se ahogó en el

Delta, Lola Valérie Stein, esta reina de mi infancia y de S. Thala, la mujer del gobernador de Vinh Long.

Y concluye Marguerite Duras:

Fue un libro muy difícil de hacer. No había plan posible para decir la amplitud de la desgracia porque ya no quedaba nada de los acontecimientos visibles que la hubieran provocado. No quedaba nada sino el *Hambre* y el *Dolor*. Tampoco existían encadenamientos entre los acontecimientos de índole salvaje y, por lo tanto, nunca hubo programación de nada. Nunca la hubo en mi vida. Nunca. Ni en mi vida ni en mis libros, ni una sola vez.

Por esto, vale la pena seguirla, abandonarse a su hechizante prosa, para quizás un día desembocar en el claro del bosque y recobrar la insondable soledad de nuestro secreto. ■

Marguerite Duras



En Neauphle-le-Château, ca. 1976